

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Salamanca un mes adelantado 2 rs.—3 id. en Provincias.—6 id. en el Extranjero.—Y 12 en Ultramar.

EL SEMANARIO SALMANTINO.

PERIÓDICO ARTÍSTICO-LITERARIO.

PUNTO DE SUSCRICION.

Salamanca, calle de la Rúa, número 57.
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

REVISTA DE LA SEMANA.

Señores, gran noticia. Estamos en Diciembre, en el mes del turrón y de la lotería grande.

El turrón; quien no se conmueve al pronunciar este nombre?

El es el constante sueño de los españoles.

Su mas dulce esperanza.

La meta de todos sus deseos.

El objeto de todos sus delirios.

Ved al hombre que se lanza á la revuelta lucha de la política. Que le impulsa? El turrón.

Contemplad á ese gárrulo poeta que entona himnos á su patria... Cual es la musa que dirige su mano? El turrón.

El turrón es la palanca que mueve el organismo de nuestra sociedad.

La palanca de turrón tiene mas fuerza que la de Arquímedes. Este pedía sin punto un apoyo para mover el mundo. Aquella, ó ya lo ha encontrado, ó no lo necesita.

España es la patria del turrón, por eso son tan turróneros los españoles.

Nos gusta tanto ese delicioso manjar, que á una de sus infinitas clases la llamamos *tocino del cielo*.

¡Ah turrón, turrón!

Quien te desprecia, deliciosa ambrosía?

Dulzura de las dulzuras.

Encanto de nuestros dientes.

Esperanza de nuestros estómagos.

Así pues, unámonos todos y gritemos *vaca magna*. Turrooon!

Y que me dicen Vdes. de la Lotería de Noche-Buena, de la lotería grande?

Noventa mil españoles deliran con la esperanza de acostarse hambrientos y despertarse millonarios.

La lotería es el gran invento de nuestro siglo.

Por 200 rs. 600.000 rs.

Ahí tienen Vdes. por que no hay miseria.

Por un lado la lotería centuplica nuestro capital; las sociedades de seguros por otro nos aseguran el dinero y D.ª Baldomera, paga el 80 p. 100, conque diganme Vdes. si en un país en que se encuentra todo esto puede haber miseria.

De ninguna manera y mucho menos en Salamanca que es la Jauja de España, la California, el Perú, mas que eso, las minas de diamantes de Simbad el marino.

En Salamanca no hay pobres, si se exceptua el día de Todos los Santos en el camino del Cementerio en que se encuentra por casualidad alguno que otro.

El trabajo está tan bien pagado, que en las obras del ferro carril, hay mujer que gana dos reales.

Y luego dirán los pesimistas que falta el dinero.

Lo que hay es que no se quiere trabajar.

Porque el que quiere en cualquiera parte gana dos reales.

El domingo se verificó una función de toretes, lidiados por algunos jóvenes que se proponían el laudable objeto de reunir fondos para un hospital de niños.

La intención no podía ser mas digna.

Sin embargo, la plaza era *soledad y vacío* y... humedad.

Las gentes, por temor sin duda, á las inclemencias del cielo, se abstuvieron de concurrir á la plaza.

Por tanto no se ha obtenido el resultado que se deseaba; y eso que la función era de toros.

Es decir de la fiesta española por excelencia.

Esto es tanto mas extraño cuanto que en Salamanca es proverbial la afición á esta especie de espectáculos.

En el teatro del Hospital y en el Salon Oriental se dan bailes todos los domingos.

En ellos acontece lo que en todas las demás diversiones de este género; se habla, se baila, se murmura y se cena.

La gente se divierte, el empresario gana y *tuti contenti*.

Pero no son solo estos dos bailes los que se celebran dominicalmente en Salamanca, hay ademas otro entre campesino y ciudadano, baile cuyo salon tiene por bóveda el cielo, por alfombra arena, por divanes sólidos poyos y por orquesta un tamboril y una gaita.

Comprenderán Vdes. que me refiero al baile del juego de pelota.

En él no se baila charrada, fandango ó habas verdes; nada de eso, se bailan polkas, schotis y walses, en fin *bailes agarraos*.

No transcurrirá mucho tiempo sin que se baile tambien rigodon, lanceros y wals de dos compases.

Por lo demás, estos bailes no se diferencian de los mas aristocráticos en otra cosa, que en la forma, en el fondo son iguales.

En el uno se galantea.

En el otro se *piropea*.

En el primero se invita á una señorita á dar una vuelta.

En el segundo se saca á bailar á una moza.

En el uno suele darle un síncope á una dama.

En el otro, un *amago de accidente* á una charra.

En lo demás tampoco existe diferencia.

Los que están sentados, murmuran de los que bailan. Los que bailan, suelen dar motivo para que se murmure.

El amor se manifiesta en ambos, de la misma manera; ya tácita, ya expresamente.

La humanidad en todas las esferas es la misma.

Tambien se baila en las calles de Salamanca; pero sin música. El baile empieza á las seis de la tarde.

A esa hora se emboza la vía pública en un manto de tinieblas sin duda para no tener frio.

La blanca luna, la bella Hebe, la sin par Diana se oculta entre las gasas de la atmósfera por no contemplar el espectáculo que las calles ofrecen.

Nada es tan espantoso como caminar entre sombras.

Esto no lo digo yo, lo han dicho ya otros muchos.

Pero es mas espantoso todavia danzar sin música entre las tinieblas.

De repente metemos un pié en un charco, ó nos sentimos magullado por un transeunte ó sin

nariz por el violento choque contra una esquina. Entonces no solo se baila sino que se canta.

Pero no por esto crean Vdes. que hacen falta luces.

El Ayuntamiento discurre bien.

En primer lugar hace una economía.

En segundo evita que las personas trasnochen.

A pesar de esto hay gente que viene *alumbrada* á su casa merced á una *chispa eléctrica*.

Tambien se suelen *ver estrellas*; pero cno se ve un sereno por un ojo de la cara. Como acostumbra á *chucear*, para que queremos chuzos?

De modo que á los *serenos* les daremos desde ahora el nombre de *nublados*, como si dijéramos oscurecidos, retirados, invisibles.

Las librerías están llenas de almanaques ó calendarios.

Los ciegos y ciegas los anuncian á voz en grito.

Entre todos los calendarios, el mas estimado es el del Zaragozano. Su almanaque es mas bien que un calendario, un tratado de *gramática parda*.

Castillo jamás se equivoca; sus predicciones son infalibles.

Todos sus vaticinios son por el estilo.

En Enero frios y nieves.

En Marzo vientos.

En Abril lluvias.

En Julio calor y tempestades.

Así es que el Zaragozano siempre dice la verdad, excepto cuando en Enero hace calor, cuando en Marzo no se mueve el viento, ni llueve en Abril, ni en Agosto se suda.

A pesar de lo dicho, me gustan mas los calendarios de Castillo, que los americanos.

Estos son la imágen verdadera pero triste de nuestro tránsito por la tierra.

Sus tapas son hermosas y brillantes.

Como las puertas de oro de la vida.

Las hojas, turbias unas, arrugadas otras, ásperas todas, como las sendas que cruza el hombre por el mundo.

Por último el fin es un carton manchado y feo que conserva alguna semejanza con el primitivo almanaque, imagen fiel de la muerte.

El hombre arranca indiferente las hojas, sin pensar que á un mismo tiempo arranca una á una las páginas del libro de su vida.

Por esto no me gustan los almanaques americanos y ademas... por que cuestan una peseta.

Y aquí termino la revista porque el tiempo apremia y el espacio que á esta sección corresponde va consumiéndose.

Por lo tanto despues de recomendarles que se abriguen, se despide de Vdes. con la esperanza de saludarles en el número próximo.

Z.

FERRO-CARRIL DE MEDINA.

I.

Con este título han visto la luz pública recientemente en esta Capital dos trabajos literarios dedicados á tratar de un asunto en que con gran propiedad no debia aplicársele el epígrafe con

que se encabeza. Mas adecuado seria, en nuestra humilde opinion, haberle dado la denominacion de «reflexiones sobre los últimos acuerdos de la Diputacion provincial, acerca del contrato celebrado ante la misma y la compañía del Ferro-carril de Medina del Campo á Salamanca.»

Agradecemos infinito al Sr. García de Solís la atencion y galanteria que ha tenido con nosotros al mandar á la redaccion de este periódico un ejemplar de su bien escrito folleto dedicado á contestar á un artículo del Sr. D. Ramon Losada inserto en la Revista del Círculo Agrícola Salmantino.

Sólo el recuerdo de los nombres Losada y Solís hace que tengamos suma desconfianza, aun cuando sea para exponer algunas ligeras consideraciones sobre la cuestion. Sin embargo; por gratitud y deber nos ocuparemos del asunto aun cuando seamos los primeros en reconocer nuestra insuficiencia, escudados sólo en la buena fé que nos anima y contando anticipadamente con la indulgencia de dichos Sres. y de cuantos nuestro periódico lean. Trátase por el Sr. Losada de justificar la incompetencia de la Diputacion provincial para modificar con sus acuerdos las bases ó condiciones del último contrato celebrado por la misma con la compañía concesionaria de la línea férrea en construccíon de Medina del Campo á Salamanca. Para apreciar su error jurídico, es necesario no perder de vista, ni olvidar jamás, que el contrato en cuestion es de los que el derecho y los tratadistas llaman bilateral y que para su formacion, novacion ó restriccion se necesita el concurso de dos voluntades distintas, si, pero conformes.

Ahora bien; en el caso presente ¿han existido estas?

Para contestar á semejante pregunta basta leer los acuerdos de la Diputacion, publicados por extracto en el Boletín oficial, y encontraremos una completa y satisfactoria afirmacion. Verdad es, que la opinion emitida por el señor Losada, no la ha dejado completamente en el aire, y si ha procurado darla salida legal; por lo cual, en obsequio á nuestra imparcialidad, debemos aquí consignarla examinándola. Siéntase por dicho señor un principio administrativo, en virtud del cual ni los Ayuntamientos ni las Diputaciones pueden modificar lo que una vez adoptaron como bueno, siquiera reformando lo acierten. Una vez establecido un principio falso todas las consecuencias que del mismo se deduzcan, han de adolecer por necesidad del mismo defecto que aquel del cual son hijos. En efecto; si consintiéramos por un momento la invariabilidad de los acuerdos de una corporacion cualquiera esta sea Diputacion ó Ayuntamiento, claro está que la doctrina sustentada por el Sr. Losada no admitia posible refutacion. Pero como quiera que semejante teoria no es posible dejarla pasar sin consentir un gravísimo error de derecho, es evidente la sin ninguna razon con que se quiere negar la competencia de la Diputacion, para acordar sobre el particular referido.

La contestacion dada á este punto por el señor García de Solís deja muy poco ó nada que desear, y desde luego nos declaramos partidarios decididos de su opinion. Hallase fundada esta, en la práctica constantemente observada, en la naturaleza de la corporacion, en los principios generales del derecho positivo y en el dictámen respectabilísimo del Consejo de Estado; tiene ya declarado este alto cuerpo consultivo mas de una vez que los acuerdos de cualquiera Ayuntamiento ó Diputacion, referentes á algun asunto en el cual haya terceros interesados á quienes se pueda perjudicar, no pueden ser modificados sin su consentimiento, y, hablando terminantemente diremos, que todo acuerdo que cause estado es irreformable sustancial y accidentalmente.

Otra cosa, fuera de lo que acabamos de apuntar, seria negar á las Diputaciones y Ayunta-

mientos un derecho que no puede negársele al último individuo de la sociedad. No consentir modificar sus acuerdos á estas corporaciones, *siquier reformando lo acierten*, es lo mismo que colocarles en un círculo de hierro, negarles el derecho de perfectibilidad ó de otro modo concederles el derecho ó no poder equivocarse jamás. El Sr. Losada seguramente no se ha fijado en el alcance que su opinion tenia, pues de otro modo no la hubiera jamás sustentado. De propósito no queremos ocuparnos de la distincion hecha por el Sr. Losada al conceder derecho á las Diputaciones para modificar sus contratos por medio de una transacion, cuando hubiese pleito pendiente sobre su inteligencia y manera de cumplirse. Y decimos de propósito, porque habiendo tenido ocasion mas de una vez para examinar el pleito últimamente sostenido y en beneficio de la Diputacion transigido, temeríamos pudiera creerse que damos un giro puramente personal á la cuestion que se debate, lo cual está muy lejos de nuestro ánimo. No ha de suceder lo mismo, respecto al particular que se halla en el párrafo del artículo del Sr. Losada de que estamos ocupándonos. Referímonos al pensamiento de que cuando transija la Diputacion en un asunto litigioso, obra entonces como entidad jurídica. Pues bien, segun nuestra pobre opinion creemos, que tanto los Ayuntamientos como las Diputaciones, jamás pueden obrar en concepto de tales, sin ser consideradas como personas jurídicas, (ó entidades jurídicas;) sin que este parentesis lo coloquemos en son de critica como el Sr. García de Solís, parece dejar ver en su folleto, cuando de esto se ocupa, siendo mas inadmisibile la de persona moral, por no estar ya en uso en ningun autor de derecho y por no indicar esta última palabra, con la propiedad debida, la idea que quiere significar.

E. E.

CONSECUENCIAS DE UN DEVANEÓ.

(Continuacion.)

El tocado habia concluído: Efigenia, que así se llamaba la dama, se levantó, y, por primera vez quizá, reparó en la hermosura de su doncella; y con algo de esa bondad que se complace en dar un consejo, pero sin cuidarse de endulzarlo, con el tierno lenguaje de la verdadera caridad, dijo:

—Andate con cuidado, eres guapilla y airosa y tienes gracejo, no será extraño que te ronden; y tú, me parece á mí, que no pecarás de sencilla, ni de ignorante, y ya sabes lo que puedes esperar.

—¡Ay! señorita, pierda V. cuidado, á mí—y palideció hasta decolorarse sus mejillas por completo—ya no me pueden engañar.

Y Efigenia, sin entender el doble sentido de estas últimas palabras, añadió.—Me alegro mucho por tí, y aun algo tambien por egoísmo, por que sabes complacerme;—y la despidió con un ademán.—

EL DIA DE BODA.

¿Porqué á la puerta de aquella iglesia hay tantos carruages?

Entremos á averiguarlo.

¡Ah!, es que Luis y Efigenia se casan.

Miradlos al pié del altar. Se están velando. Es el solemne instante en que el Sacerdote alza la sagrada forma: todos los concurrentes, de hijos, dirigen su ruego al Señor y hacen fervientes súplicas por la felicidad de los esposos. Todos, hemos dicho, y nos equivocamos: allí, junto á una de las colosales columnas que sostienen la bóveda de la nave y casi oculta por la sombra que proyecta, pálida, rígida, los ojos clavados en la hermosa figura de Efigenia, está María: podría confundir, por su inmovilidad y actitud, con una de esas estatuas que al pié de los se-

pulcros coloca el arte, para significar la paz del postrer asilo: y sin embargo, en su corazón ruge la tempestad de los celos, la angustia de la última esperanza perdida, la ira del despecho. ¿Qué ideas acudirán á su mente arrebatada, girando en el torbellino de la desesperacion? Todas de odio, de venganza. ¿Contra quien? Contra el hombre que impiamente destruyó la hermosísima corola de su inocencia? ¿Contra el qué, llenando su alma de romordimientos, la lanzó á la pendiente rápida de la impureza, de la repugnancia de sí misma, condenándola al vacío y la soledad del alma en medio de las Saturnales del vicio? No, aquel hombre está escudado para ella con el amor, que, á pesar de tanto daño como le ha causado, sabe inspirarle; su odio reconcentrado, profundo, rencoroso es contra Efigenia, prenda inocente, respetada por la sociedad, bendecida por la religion, que se interpone pura y amada entre ella, pobre ser envilecido, y el hombre causa de su envilecimiento, pero que tanto adora.

Tormento terrible, pena desgarradora, que, ó rompe el alma de la que lo sufre, ó conviértela en antro de feroces instintos donde se conciben los crímenes mas espantosos.

La ceremonia ha terminado ya.

Los esposos dulcemente conmovidos, aspirando esa ventura sin nombre por lo inmensa que embarga el alma, cuando las deicias del amor, largo tiempo apetecidas, van á librarse bajo el amparo del ángel guardador de las uniones legítimas, anima sus semblantes, ruborosa el de ella, el de él resplandeciente de pasion y de alegría.

Los plácemes, las profecias de ventura, las cariñosas demostraciones los acompañan hasta que ya acomodados en el carruaje, este parte.

¿A dónde vá? A la casita aquella situada no lejos de la orilla del mar, oculta entre una poderosa alameda.

Ha sido exigencia de la esposa querer pasar allí su primer día de matrimonio.

Y María y todos los parientes y convidados allá van tambien.

Es la tarde. La animacion reina en el delicioso aunque pequeño jardín de la casa de campo.

En todos los jóvenes que en él están reunidos, existe el afán del movimiento y del bullicio: la alegría necesita agitacion. Uno de los concurrentes, para satisfacer aquel deseo general, propone que se juegue al escondite. Se acepta la proposicion con hurras de entusiasmo, y prontamente se sortea quién ha de ser el que busque, tocándole á Luis con gran contento de todos.

Aquel grupo formado de lindas y agraciadas jóvenes y de apuestos y elegantes mancebos, se dispersa como bandada de palomas que el cazador espanta. Ellas corren al interior de la casa: ellos buscan sitio donde esconderse en el mismo jardín.

Efigenia seguida de María, que aun á pique de ser molesta no la abandona un punto en cuanto la ve sola, se detuvo en una de las primeras habitaciones, y con infantil vivacidad preguntó á su doncella.

—¿Dónde me escondo?

—Quiere V.—contestó esta,—un escondite que el Señorito Luis no dé con él.

—Si, sí, eso quiero.

—Pues venga V. conmigo.

Y desaparecieron las dos por la estrecha escalera que conducía á los desvanes.

A los pocos instantes María volvió á aparecer lívida, temblorosa, agitada hasta el extremo de poderse contar los latidos de su corazón por encima del ajustado cuerpo de su vestido; pero rápida cruzó las habitaciones y salió al jardín serena y á al parecer, con aire indiferente: nadie habia reparado ni en su breve ausencia ni en su rápida vuelta.

(Se continuará.)

F. F. Villegas y Araujo.

FUNESTOS EFECTOS DEL JUEGO.

El hombre por su naturaleza busca con ansia la felicidad. Los medios con que la procura son á veces contrarios á los de la legalidad. El jugador, el avaro, el usurero, el ladrón, el asesino y tantos otros tipos de este género, conocen que existen leyes para castigar sus vicios y sus crímenes, que hay un Dios que castiga y recompensa; y sin embargo, no perdonan medio para saciar su indigna pasión. Creen de este modo llegar á la satisfacción de sí mismos. Una educación torcida, el escepticismo en materias religiosas suelen ser causa de esto. No se crea que exageramos; interróguese á la infinidad de miserables que pueblan las cárceles, los presidios y los cadalsos; ellos, sin duda, atestiguarán esta verdad. La pasión del juego conduce al hombre á cometer los más inauditos excesos. Abrasada su alma con un fuego devorador é inextinguible, hace de su vida una vida llena de azares. Ni las lágrimas de una tierna esposa, ni los lamentos de unos hijos que piden pan para llevar á su hambrienta boca, le arredran para ir á depositar en un inmundo garito sus riquezas. Esta enfermedad moral echa más profundas raíces en los países donde reina el lujo. Es la vanguardia de una nación egoísta que ha traspasado los límites lógicos de una civilización normal.

El ardor de la ganancia constituye muchas veces una enfermedad incurable, tanto más inhumana cuanto que suele desarrollarse á la edad en que el hombre entra en la vida social y no ha procurado resguardarse de sus escollos con la práctica de las lecciones que de buena educación recibiera, ahogando en su germen naciente los principios que á otro mejor camino debiera conducirle.

Cuando tan funesto vicio exalta el alma hasta el punto de extinguir en ella el sentimiento moral, nada la templa ni la cura y debe esperarse una catástrofe, porque el jugador entonces cambia hasta de carácter, y su buen natural se torna en pendenciero, egoísta, inhumano y sin corazón.

Contempladle un momento engolfado en el juego. A cada carta que pierde la maldice, no exhala amargas quejas, no, sino que comprime los dientes en su apretada boca, siente palpar el corazón con veemencia, y su mano se crispa como una garra de fuego: ha perdido cuanto poseía, sale como un ebrio, con las piernas temblando, la cabeza volcánica, el semblante rubicundo, los ojos chispeantes y el corazón lleno de rabia. Y para volver á engolfarse en las borrascas del juego que tanto le dominaran, no se detendrá ni ante el crimen, que traerá indudablemente nuevos y horrorosos desastres. Habiendo visto sin pesar, sin lágrimas y sin arreptamiento desaparecer poco á poco consideración, fortuna, mujer, hijos...

El jugador arruinado, cuyos días no han concluido de un modo trágico, y que se ve obligado á partir con su familia; el pan de la limosna, ó el miserable jornal ganado en una infima industria, sufre de un modo el más cruel con la indiferencia de aquellos cuya desgracia causara, porque nadie le compadece, antes por el contrario, su mujer y sus hijos le echan en rostro la miseria y el abandono. Esto mismo unido á las grandes y frecuentes emociones que en el juego continuamente recibiera, minan y destruyen paulatinamente su organización, y su vida se va extinguiendo como la de todos los que han agotado los receptáculos de la intervención en orgías y vacanales.

La cabeza, el corazón, los pulmones y el estómago, son los que sienten las primeras nuevas de una muerte lenta: de modo que la hipcondría, la tisis, los aneurismas ó la locura, son su consecuencia. El torcedor de la conciencia, hace que padezca mucho más, cuando recuerda los días en que decía, mi hacienda, mis ventanillas. ¡Cuántas veces un hombre á quien se ha

conocido alta y erguida la cabeza, se le ha visto después agoviado bajo el peso de un infortunio que el mismo se procurara, confundido entre los infelices moradores de una casa de dementes ó entre los enfermos de un hospital!

Algun antiguo amigo llevado de un vago sentimiento de compasión se acerca á su lecho, porque los que le ayudaran á que á este estado viniera, huyen de él y se rien de su desgracia, un médico caritativo dá sus consejos, una hermana de la caridad le entrega el alimento y el confesor trata de conseguir la conversión de un alma, cuyo vigor han apagado los remordimientos y la desgracia. Muere por fin como si nunca hubiera existido; la indiferencia y el olvido le acompañan á la fosa donde jamás una lágrima de amor ó de caridad irá á regar su humilde sepultura.

¿Habeis penetrado por casualidad en algun establecimiento de dementes? Si sois demasiado sensibles, si conoceis bien lo que vale la conservación de ese destello divino que el Creador Supremo imprimiera al hombre, si comprendéis con exactitud cuán terrible es la pérdida de la razón, no entreis, pudiera hacer os mucho mal; empero si no es así, si teneis el suficiente valor para ver vivir allí al hombre sin horizonte, sin afecciones, destituido del sentimiento de sociabilidad, indiferente á cuanto le rodea, descubriendo sin rebozo toda la fealdad de sus pasiones, si no os sentís grandemente conmovidos, al contemplar los hábitos, los gritos, los gestos y los mil caprichos de aquellos infelices, traspasad esos umbrales, acaso puedan seros provechosas las lecciones que vais á recibir.

Os causa miedo aquel que viene hacia este lado? No lo extraño, pero no temais nada, pues á pesar de la multitud de cicatrices que se estienden por sus ojos y cara y que le dan un aspecto horroroso, y de las convulsiones que agitan sus manos, es inofensivo, su manía consiste en creerse inspirado por Dios y en comunicación con los espíritus celestiales, hallándose encargado por aquel de convertir al mundo. Oid con que furor declama contra la embriaguez, siendo precisamente el vicio que á este miserable estado le tragera.

Empero veo que os llama la atención el buen porte, las maneras distinguidas, el aire altanero de aquel otro. No lo extraño. Descendiente de una familia distinguida, su educación fué muy esmerada, con su talento tan privilegiado hubiera hecho mucho bien á la sociedad, si la pasión del juego no le hubiera dominado, perdió un capital inmenso y las consecuencias ahí las teneis. Se acerca, él mismo os referirá su vida escuchadle, sin temor.

—Yo era rico, inmensamente rico... hoy... también lo soy, aun tengo medio millón para poner á esa carta... pero no, no tengo nada, todo lo he perdido... todo... hasta mi pobre é inocente Magdalena. ¡Que hermosa era! ¡Que feliz hubiera sido, si yo hubiera comprendido todo lo grande, todo lo inmenso de su amor! Pero esta infame pasión me hizo despreciar tantos y tantos encantos, como ella en su corazón atesoraba... su virtud, su bondad y su candor solo eran comparables con las de los ángeles que rodean el trono de la Virgen. No juegues, me decía, con una dulzura angelical, no juegues, mira por el porvenir de nuestros hijos, y me ponía delante á mi Sofía, á mi linda Sofía, blanca como una paloma, con madegitas de oro, por cabellos, con unos ojos que robaron al cielo su color. ¿Habeis visto alguna Virgen de Rafael? Pues á Sofía la hubiera envidiado la misma Fornarina... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... que habrá sido de ella... pero yo la buscaré, sí, la buscaré, será feliz... la casaré con un príncipe... La suerte me protegerá... Pondré todo el dinero que tengo apilado en un rincón de mi habitación á una carta. Que feliz ideal... no os reis conmigo de placer?... A un as, si todo lo voy á recuperar... Voy á ser muy poderoso... El as de oros me anuncia el corazón que será

el talisman que me traiga inmensas riquezas, porque le llevo siempre gravado sobre mi pecho. Por que habeis de saber que un verdadero jugador es infinitamente supersticioso como todos los hombres fuertes y apasionados. Creé en el destino, en la buena ó mala ventura, en una estrella; sigue sus inspiraciones las recoge en su conciencia, por eso yo creé en la buena predicción de esta llaga en cuyo fondo está gravado de as de oros. Miradla bien, no es verdad?... Nunca he querido curarla, por que sería contrariar el destino y me castigaria. Yo mismo con mis uñas la he provocado. Cuando esperaba mi suerte en la carta que habia de salir, sentía palpar mi corazón de un modo extraordinario y oprimía fuertemente mi pecho con la mano derecha. Cuando no venía la carta que con tanta impaciencia esperaba, se crispaban mis manos á pesar mio y con mis mismas uñas me desgarraba el pellejo. Al día siguiente, incitado por el vicio, volvía á hacer lo mismo... Sentía un placer tan extraordinario al empapar las heladas puntas de mis dedos en la sangre caliente... Jamás pensé en curarme, por que las emociones del juego apagan cualquier otro sentimiento...

Una noche en que impaciente como tantas otras me esperaba mi pobre Magdalena arrullando con tristes cantares á su inocente hija, penetré con dos de mis compañeros de orgía en la habitación. Todo lo he perdido la dije, nada poseemos, hasta las camas son de estos caballeros... Creí que se descompusiera, que prorrumpiera en denuetos, en lágrimas; pero nada de eso, serena como la virtud, con una mansedumbre, con una dulzura admirable me respondió:

—Si lo has perdido justo es que lo pagues, dueño eres de todo, la palabra de un caballero nunca debe faltar. No poseyendo nada seré más feliz, pues te se curará esa desgraciada pasión, y si es necesario yo sabré trabajando proporcionar el sustento para ti y para esta pobre criatura que al ruido de tus pasos ha despertado y te pide una caricia...

No se lo que pasó por mi al oír estas palabras. Un vértigo infernal se apoderó de mi cerebro. No pude resistir el que un ser tan débil me humillara de aquella manera.

—Hipócrita, la dije, más daño me haces con esas gazmoñerías que si me hubieras recibido de otra manera. Dile mil nombres humillantes y denigrativos, la llené de improperios, y con el mismo ademán dulce y tranquilo me respondió:

—Perdóname Carlos mio, no he procurado ofenderte, vuelve en tí, te amo mucho, y tu amor y el de mi hija constituyen toda mi felicidad, olvida por Dios todo lo demás.

Un golpe brutal fué la contestación que la di. La infeliz cayó arrodillada, fría, inmóvil, muda, sin ver ni sentir cosa alguna, no volvió en sí, su alma voló derecha al cielo... La niña tendía sus tiernas manecitas hacia mi en ademán suplicante... No pegues á mamá, decía, por que te castigará Dios...

La reconvección de aquel ángel me conmovió en tales términos, que no se lo que por mi pasó, cayendo sin sentido en brazos de mis amigos que alóntos contemplaban aquella escena tan terrible. Al cabo de algunos días me hallé en el hospital, trasladándome de allí á esta casa, donde todos son locos, que ni saben jugar, ni tienen un cuarto...

Al concluir estas palabras desapareció por entre los sombríos patios del establecimiento, llamando la atención su carácter simpático, la bella estructura de su cabeza, donde se advertían nobles protuberancias y centros groseros, la hermosura en conjunto de su rostro, donde un analizador notaba también algun rasgo duro. Lo cual prueba que sin la pasión que tanto le dominara, este hombre hubiera sido muy útil á su patria, y su familia no hubiera sido tan desgraciada.

L. Garcia Martín.

del talisman que me traiga inmensas riquezas, porque le llevo siempre gravado sobre mi pecho. Por que habeis de saber que un verdadero jugador es infinitamente supersticioso como todos los hombres fuertes y apasionados. Creé en el destino, en la buena ó mala ventura, en una estrella; sigue sus inspiraciones las recoge en su conciencia, por eso yo creé en la buena predicción de esta llaga en cuyo fondo está gravado de as de oros. Miradla bien, no es verdad?... Nunca he querido curarla, por que sería contrariar el destino y me castigaria. Yo mismo con mis uñas la he provocado. Cuando esperaba mi suerte en la carta que habia de salir, sentía palpar mi corazón de un modo extraordinario y oprimía fuertemente mi pecho con la mano derecha. Cuando no venía la carta que con tanta impaciencia esperaba, se crispaban mis manos á pesar mio y con mis mismas uñas me desgarraba el pellejo. Al día siguiente, incitado por el vicio, volvía á hacer lo mismo... Sentía un placer tan extraordinario al empapar las heladas puntas de mis dedos en la sangre caliente... Jamás pensé en curarme, por que las emociones del juego apagan cualquier otro sentimiento...

VARIEDADES.

A DIOS.

Cumplióronse las santas profecías,
Abrió e el cielo, estremeciósse el mundo,
Y exhaláron celestes armonías,
A la inmortal presencia del Mesías,
El bravo viento, el piélagó iracundo.

Astro de resplandores orientales
En cuna humilde se meció su infancia...
¡Aquél para quien fueran terrenales
Pompas viles los cetros imperiales,
La áurea corona y la opulenta estancia!

Con su mirada incendia las esferas,
A su palabra abátense los montes,
A su hábito desplómense altaneras
Las poderosas tempestades fieras
Abrasando los anchos horizontes.

Su gloria cantan con pujante estruendo
Desde las altas cumbres los torrentes,
Y sus robustas alas sacudiendo
Le glorifican con clamor tremendo
Las tormentosas nubes estridentes.

El iris en su sién claro fulgura
Y el fulminante rayo en su alta diestra,
Como el ronco huracán su voz murmura,
Y de sus obras solo en la hermosura
A la asombrada humanidad se muestra.

Por eso suben en clamor canoro
A su morada misteriosa y santa
De la virgen el cántico sonoro,
Del pecador el penitente lloro
Que al alto cielo su oracion levanta.

Le invoca fiel el candoroso infante
Y el invencible triunfador guerrero,
La casta esposa, el venturoso amante,
El rey egregio, el peregrino errante
Y al son de su cadena el prisionero.

Una generacion la tumba encierra
Y otra generacion el tiempo arrasa,
Que airado lucha en incesante guerra,
Y él vé pasar los hijos de la tierra,
Y él sin fin ni principio nunca pasa.

Él vió pasar de Ménsis los colosos,
El poder opulento de Palmira
Y los profetas de Salém gloriosos,
De Alejandro los triunfos portentosos,
El cetro de David, la espada y lira.

El vió caer á Babilonia inerte
Desde su activo y deslumbrante solio,
Y al clamor de cien cánticos de muerte
Vió eclipsarse el poder de roma fuerte
Desplomándose su alto Capitolio.

Las falsas áras de deidades llenas
Se hundieron con su torpe idolatría,
Y ya no vierten pérfidas sirenas,
Coronadas de mirtos y azucenas,
El raudal de su impura poesía.

Las águilas cesáreas se trocaron
En el Lábaro fiel de Constantino,
Su yugo los esclavos arrojaron,
Que esclavos y señores adoraron
La eterna luz del Gólgota divino.

La torpe ciencia de la edad pagana
Pasó con su servil materialismo,
Que del olimpo estéril la fé vana,
Ante la portentosa fé cristiana,
Con su fausto imperial tragó el abismo.

Al férreo yugo del destino atados
Sus dioses con sus bárbaras pasiones
No son por el mortal glórficados,

Ni en sus funestas áras destrozados
De victimas sangrientos corazones.

El himno santo de oracion ferviente
Hoy solo pide Dios en holocausto,
No los despojós de vencida gente
Arrastrados con pompa irreverente,
Ante el horrible monumento infausto.

Palabra de Jehová, raudal fecundo,
De regeneracion rico tesoro,
De caridad oceano profundo,
Astro de salvacion, vida del mundo,
EVANGELIO triunfante yo te adoro.

Manuel Villar y Macías.

LAS DOS BRISAS.

No me tengas, amigo,
Por indiscreto,
Perdona que descubra
De tí un secreto,
Porque, á fé mia,
Encierra mucha... mucha
Filosofía.

Como están nuestras almas
De penas llenas,
Recordábamós jntos
Del alma penas,
Y con voz triste
Esta pena pasadá
Me referiste:

—Amé con la alma ternura
Del sérvido amor primero
A una niña casta y pura,
Mas mi dicha el hado fiero
Tornó pronto en desventura.

Que el ángel de mis amores
Se apenaba en este suelo,
Y á aspirar fué, en raudo vuelo,
El aroma de las flores
De los cármenes del cielo.

Tristes lágrimas vertí
Al pié de una tumba fria,
Y, en mi loco frenesí,
Mi alegría convertí
En torba melancolía.

Mas mi infancia fué pasando,
Que mi amor fué amor de niño,
Fué mi juventud brotando,
Y su áura pura apagando
El fuego de mi cariño.

Y mas mi amor se entibiaba
Con cada año que pasaba
Hasta que á morir llegó.
¡Vida una brisa le daba,
¡Muerte otra brisa le dió!

—No pienses, dije entonces,
que al amor mio
Pueda otra nueva brisa
Causar desvío:
Mueren las flores,
Pero no mueren nunca
Del alma amores.

El amor que sentiste
Tú tan temprano
No fué el amor de amante,
Fué amor de hermano;
Que es muy frecuente
Crear que siente el alma
Lo que no siente.

No hubo mas; cres discreto

Y á tu fallo me someto:
¿Soñaba cuando decía
Que en lo que fué tu secreto
Hay mucha filosofía?

CHARADAS.

1.^a
Un vecino de mi todo
Que en tres primera vivía,
Regaló á prima, un dos una
Que trajo de Oceanía.

Orense.

2.^a
A mi todo, prima dos
Por querer ser una tres
De tres segunda (al revés)
Le hizo morir sin lós.

Sarabia.

Solución á las charadas del número anterior.

Del último Semanario
Las charadas descifré;
La primera era *Periódico*,
Como el lector verá bien;
La segunda *Calahorra*,
Que pensando adiviné.

Un Suscritor.

ANUNCIOS.

Historia de la prensa periodística de Salamanca, por Alfredo G. Dóriga.

Se están recogiendo datos para la formacion de esta obra de tanta importancia para nuestra provincia. Las personas que se interesen porque vea pronto la luz pública, y tengan en su poder algun documento ó sepan alguna noticia que influya en la exactitud histórica del mencionado libro, pueden dirigirse á D. Domingo Doncel y Ordáz, Salamanca.

AVISO A LOS FUMADORES.

Libritos para fumar de verdadero *papel de Tabaco*, elaborado exclusivamente con esta planta, de la cual conserva todas las propiedades.

La mejor recomendacion de este papel está hecha por sí sola, baste decir que no ataca al pecho, garganta ni labios por carecer de cola, cloruro ni otra composicion, como lo han experimentado ya las muchas personas que lo han usado.

Se vende en la Encuadernacion de Bonifacio Lopez, calle de la Rua, núm. 47. á 2 rs. doce- na, hay paquetes de 500 papeles mas largos y anchos, al mismo precio.

En la misma se hallará surtido de papel, sobres y libros rayados de todas clases.

Derecho civil general y foral de España

ó sea resúmen ordenado de las leyes vigentes en los varios territorios que forman la monarquía española y de las decisiones del tribunal supremo que estableceu jurisprudencia.

Se suscribe en la imprenta de este periódico.

SALAMANCA:

IMP. DE LA V. DE VAZQUEZ É HIJO,

calle de la Rua, núm. 57.

